

Francia nos hallará fieles aliados. Pero explíquese por favor, dénos á conocer sus intenciones, y haga posible que continuemos aliados suyos proporcionándonos sostenimiento una causa razonable, una causa que podamos revelar á nuestros pueblos.» En lo tocante con especialidad á los intereses austriacos, manifestaba Mr. de Metternich no hacer caso alguno, demostrando hartamente bien que no tenía más que escoger á la derecha ó á la izquierda entre los ofrecimientos que de todas partes se hacían al Austria. «¡Cuánto no se le brinda efectivamente, decía, por parte de los coligados!» Pero no se daría oídos á sus locas proposiciones contentándose con lo que no se podía negar á la corte de Viena, con la porción de la Galitzia que se le tomó en 1809, para ensanchar el imposible ducado de Varsovia, con las provincias ilíricas, cuya restitución había prometido Francia, y de esto hablaba como de cosa hecha, segura, irrevocable, cuando aún apenas se habían cruzado algunas palabras entre los gabinetes francés y austriaco.

Tal fué el lenguaje, á la verdad poco nuevo, de Mr. de Metternich. Más mesurado y menos atrevido el emperador Francisco en sus entrevistas, al recibir personalmente á Mr. de Narbonne de la manera más afectuosa, limitóse á decirle cuán satisfecho estaba de la felicidad que su hija había hallado en Francia, cuánto apreciaba el genio de su yerno, cuánto empeño tenía en continuar aliado suyo; pero no le ocultó que no podía serlo sino en interés de la paz, porque sus pueblos no le perdonarían que lo fuese con otro objeto. Añadía que habría que comprar esta paz de dos modos, con victorias y con sacrificios; que su yerno haría bien en dedicar sus grandes talentos á crear inmensos recursos, pues la contienda sería más tenaz de lo que imaginaba; pero que al cabo con triunfos sin duda traería á sus adversarios á ideas más moderadas, y que, si después de vencerlos, quería conceder al reposo de las naciones algunos sacrificios necesarios, procurándolo también enérgicamente el Austria, se llegaría á una paz duradera, paz que su yerno debía anhelar después de tantos trabajos gloriosos, y que él deseaba con ardimiento, no sólo como soberano, sino como padre, porque aseguraría la felicidad de su hija amada y el porvenir de un nieto por quien se interesaba con la mayor ternura.

A todas estas manifestaciones respondió Mr. de Narbonne lo mejor que pudo, siempre ponderando la grandeza de su soberano, repitiendo que era menester guardarle miramientos, y valiéndose á maravilla del arte, aprendido en los salones, de encubrir con mucha verborruidad y mucho donaire la imposibilidad de decir cosa alguna que mereciese la pena. Por lo demás, aun poniendo buen semblante, había adivinado el secreto de las intenciones austriacas. Evidentemente Austria no estaba dispuesta á disparar un cañonazo á favor de Francia y contra Alemania: sin embargo, no propendía, como Prusia, á pasar de pronto de la alianza á la guerra. El emperador no quería olvidar por completo su papel de padre: el ministro aspiraba á operar decorosamente la transición de una política á otra, y pensaban en presentarse como mediadores, en ofrecer una paz aceptable, y en echar todo su peso sobre los unos y sobre los otros para inclinarlos á que fuese aceptada. Por todas partes resaltaba una prueba de este proyecto. Austria se armaba, ya que no con el genio de Napoleón, á lo menos con

igual presteza, y aunque no lo negaba precisamente, no decía nada. De seguro nos lo dijera y hasta se jactara si se armase á favor de nosotros.

Acto continuo juzgó Mr. de Narbonne que la neutralidad sería lo mejor que se pudiera obtener de esta corte, y que, con miramientos, hablándola poco, no pidiéndola nada, se le retendría en un papel inactivo todo el tiempo que debía sernos bastante. Algo mejor pudiera obtenerse, como ya hemos notado, y fuera perdonándole su disimulo, su casi abandono, reconocer que en substancia tenía razón para no querer trabajar más que por la paz, por una paz germánica del todo, prestarse desde luego á que obrara en este sentido, entrar en sus miras, convertirla así en mediadora enteramente nuestra, alcanzar la paz de este modo y según trabajaba por concluir, ya que Francia, sin el gran ducado de Varsovia, sin la confederación del Rhin, sin las ciudades anseáticas, sin España, pero con Holanda, Bélgica, las ciudades rhinianas, el Piamonte, Toscana, los Estados romanos, independientemente de los reinos tributarios de Westfalia, de Nápoles y de Lombardía, era aún más grande que necesitaba para ser verdaderamente fuerte. De consiguiente lo mejor era entrar sin resentimiento alguno en las miras de la corte de Viena, y osar decirse á Napoleón á las claras. Pero Mr. de Narbonne lo osara sin fruto, y ni siquiera pensó en hacer la prueba. De no conseguir esta conducta, no había otra preferible en mérito, en prudencia y en probabilidades de buen resultado, que la de proponerse la neutralidad de Austria y la de propender á paralizar á esta corte en vez de aspirar á hacerla más activa. Mr. de Narbonne lo comprendió perfectamente, y se disponía á aconsejar esta conducta á su gobierno cuando recibió sus instrucciones tan esperadas, y que eran todo lo contrario de la neutralidad.

Expedidas el 29 de marzo, llegadas el 9 de abril, proporcionaron á Mr. de Narbonne el medio de salir del lenguaje insignificante que había tenido hasta entonces, y llevando ahora la franqueza hasta el mayor grado posible, leyó á Mr. de Metternich el mismo texto de Mr. de Basano, texto adecuado para excitar la sonrisa del ministro austriaco por el tono de jactancia que el ministro francés había añadido á la política impetuosa de Napoleón. Mr. de Narbonne leyó, pues, este proyecto, reducido á decir á Austria que era necesario que se apoderase del papel principal; que, ya que deseaba la paz, convenía que se pusiera en aptitud de dictarla, aprestando considerables fuerzas é intimando á las potencias beligerantes que se detuviesen en seguida bajo la amenaza de lanzar sobre su flanco cien mil hombres, y finalmente, lanzándolos hacia Silesia, si no hacían alto, y guardando para sí aquel territorio, mientras Napoleón arrollaba más allá del Vístula á los prusianos, á los rusos, á los ingleses, á los suecos, etc... Mr. de Metternich oyó este proyecto con impasibilidad aparente, hizo muchas preguntas para hacérselo explicar en todas sus partes, y después tocó un punto no mencionado en el despacho y contenido en esta pregunta: «¿Qué bases de paz ofreceremos á las potencias beligerantes, si se detienen á la intimación nuestra?» A esta pregunta no pudo Mr. de Narbonne responder nada, porque, limitándose por de pronto el despacho de Mr. de Basano á examinar el caso de la guerra, anunciaba amplificacio-

nes ulteriores. Efectivamente, para el caso en que se entrara en seguida en negociaciones, aún no quería Napoleón decir cómo deseaba que se constituyese la Europa. Mr. de Metternich fingió tener paciencia respecto de este último punto, y reflexionó mucho sobre cuanto se le presentaba, como si todo lo que acababa de oír prestara materia á largas reflexiones, y prometió responder tan pronto como lo permitiera un negocio tan grave.

Si apuradísimo como á la sazón se encontraba entre los coligados, impacientes por que se declarara aliado suyo, y Napoleón, que se proponía retenerle en sus cadenas, se le preguntara qué arbitrio quería para salir de tal aprieto, de seguro no eligiera otro que el que de París se le enviaba. Y efectivamente, ¿en qué consistía su apuro? En primer lugar, en atreverse á decir á Napoleón que Austria se hacía mediadora, lo cual implicaba el abandono del papel de aliada; en segundo, en hallar un pretexto para armamentos, cuya extensión no podía ya ser justificada; en tercero, en entrar en explicaciones sobre el próximo empleo del cuerpo austriaco, que, en vez de batirse contra los rusos, iba á retornar á Galitzia. Sobre estos tres puntos, que ponían á Austria en singular embarazo respecto de Francia, se llegaba milagrosamente en su auxilio, y Mr. de Metternich era hartamente hábil para no asir al paso tan buena fortuna.

Dos días se tomó para dar respuesta, no empleando verosímelmente en reflexionar más de una hora. De consiguiente envió á buscar á Mr. de Narbonne, y anuncióle con aire de satisfacción muy fácil de concebir, que, después de consultar á su soberano, estaba pronto á explicarse, no admitiendo dilación los graves asuntos de que se trataba. «Por muy feliz se daba, según dijo, de hallarse con Napoleón sobre los puntos más importantes de la comunicación última en perfecto acuerdo. Así desde luego el gabinete austriaco pensaba como el emperador que no le era posible atenerse á un papel secundario y limitar su acción á lo que en 1812, y que, para circunstancias tan distintas, se necesitaba una cooperación diversa del todo. Austria lo había previsto, y se preparaba á ello. No otra era la causa de los armamentos á que se estaba aplicando, y que, independientemente del cuerpo auxiliar vuelto de Polonia y del cuerpo de observación dejado en Galitzia, le iban á proporcionar cien mil hombres muy pronto en Bohemia. Sobre el modo de presentarse Austria á las potencias beligerantes, discurría como Napoleón que lo debía hacer como mediadora armada, proponiéndoles que hicieran alto, y convinieran en un armisticio y nombraran plenipotenciarios. Si consentían en ello, sería llegado el caso de enunciar condiciones, y sobre este punto se esperaban impacientemente las nuevas comunicaciones que el gabinete francés había prometido. Si por el contrario rehusaban admitir toda proposición de paz, llegado sería el caso de obrar y de regular el modo de emplear las fuerzas de Austria juntamente con las de Francia. Este caso hacía evidentemente resaltar la insuficiencia del último tratado de alianza, y la necesidad de modificarlo á tenor de las circunstancias. De todo esto resultaba, en fin, que había que adoptar nuevas disposiciones respecto del cuerpo auxiliar austriaco, que se hallaba en las fronteras de Polonia y en una posición absolutamente falsa, y que se iba á tornar á traer al te-

ritorio austriaco con el cuerpo polaco para impedir que se le empleara en contra de las miras de ambos gabinetes. Por lo demás, á esta declaración añadió Mr. de Metternich una expresión de perfecta alegría repitiendo que se tenía por feliz de hallarse con el gabinete francés en tan completo acuerdo y afirmando que haría cuanto estuviese de su parte por concordar su antiguo papel de aliado con el reciente de mediador con que se le había convidado.

Nunca, en este temible y complicado juego de la diplomacia, se jugó mejor ni se ganó más que Mr. de Metternich en la presente coyuntura. Con efecto, de un solo golpe resolvió todos sus apuros: de aliado esclavo se hizo altamente mediador, y mediador armado: atrevióse á declarar que el tratado de marzo de 1812 ya no era aplicable á las actuales circunstancias; motivó sus armamentos sin dejarnos que objetar una sola palabra; finalmente, resolvió de antemano una dificultad de bulto, que le amenazaba para muy pronto, la del empleo que se daría al cuerpo auxiliar austriaco. Tocante á la oferta de entrar en las miras de Francia, de ayudarla á que acabara de trastornar la Alemania, de mudar de situación á Prusia, esto es, de destruirla, de tomar la Silesia, etc., no hay necesidad de decir que Austria no lo quería á precio alguno, y no por amor á Prusia, sino por amor á la común independencia. De consiguiente eludió la tal oferta, considerando este caso como caso de guerra y de que había que ocuparse más tarde, cuando todas las proposiciones de paz fueran desechadas por las potencias beligerantes, lo cual no parecía verosímil de ningún modo. Mr. de Metternich terminó esta declaración, anunciando que un correo extraordinario iba á llevar copia de ella al príncipe de Schwartzberg á la capital de Francia.

Sólo el tono de la comunicación hiciérala sospechosa, aunque su sentido no fuera claro. La solemnidad con que Mr. de Metternich había hecho hincapié sobre los puntos esenciales y la premura de informar al príncipe de Schwartzberg en París, indicaban el deseo de que, en seguida y á la vez en ambas capitales, se tomara nota de la importante declaración recién hecha; lo cual revelaba más bien las precauciones de amigos prontos á abandonarse que la cordialidad de amigos prontos á confundir sus intereses y sus esfuerzos. Mr. de Narbonne era previsor de sobra para no echar de ver que bajo la afectación de aparentar acuerdo sobre todos los puntos, existía el más completo y temible disonimiento. Con efecto, ¿qué había pensado el gabinete francés con su comunicación importante? Pensado había que, en vez de la cooperación parcial estipulada por el tratado de 1812, Austria estaría obligada á suministrar á Francia la totalidad de sus fuerzas, esto es, ciento ó ciento cincuenta mil hombres; que, para llegar á este punto, emplearía la forma más obvia, á causa del espíritu de sus pueblos, y que de resultas de la negativa probable y hasta cierta de las potencias á aceptar las proposiciones que les fueran presentadas, Austria se lanzaría á la lucha con todas sus huestes, y se pagaría sus esfuerzos con los despojos de Prusia. Justamente lo contrario entendía Mr. de Metternich bajo palabras copiadas con afectación de las nuestras. Efectivamente admitía que el tratado de 1812, reducido á un socorro de treinta mil hombres, no era ya aplicable á las circunstancias;

que se necesitaba intervenir con su ejército de ciento cincuenta mil hombres, según quería Francia, bajo la forma de la mediación armada, intimar á las potencias beligerantes, proponerlas un armisticio, y pesar después sobre ellas para hacerlas aceptar las condiciones que se tuviesen por buenas. Ahora bien; aun cuando se debieran esperar pretensiones harto poco moderadas por parte de Inglaterra, de Rusia y de Prusia, Austria estaba segura de atraerlas á ceder con la sola amenaza de unir sus fuerzas á las de Francia, y de consiguiente no había el temor de hallarse en disidencia con ellas. Sólo por parte de Napoleón debía temer las dificultades, pues no quería éste abandonar el gran ducado de Varsovia para rehacer la Prusia, ni dejar que la Confederación fuese abolida, ni mucho menos soltar los departamentos anseáticos de su mano. Por tanto el peso de los ciento cincuenta mil hombres debía emplearse en cargar sobre Napoleón tan sólo. Ensanchada así la alianza en su fin y en sus medios, si bien convertida en mediación, no era más que una coacción que se le preparaba, sirviéndose de los propios términos de su propuesta.

Sin acritud ni arrebató, y antes bien con la zumba de un hombre de talento que no quiere servir de juguete, aspiró Mr. de Narbonne á que Mr. de Metternich se explicara, y á arrancarle parte de su secreto, y dijo de este modo: «No será limitada la alianza, convenido: Austria representará en esta gran crisis el papel que corresponde á su importancia, estamos de acuerdo: intervendrá no con treinta mil hombres, sino con ciento cincuenta mil, para hacer que las condiciones de paz sean aceptadas. ¿Y cuáles son estas condiciones?» «Aquellas en que convengamos, respondió Mr. de Metternich, y sobre las cuales os estrechamos sin fruto á explicaros ya hace tres meses; aquellas cuya comunicación por vuestra parte esperamos ahora y que nos hacéis aguardar todavía, lo cual hace incompleta nuestra declaración en un punto esencial, el de las condiciones que hemos de presentar á las potencias beligerantes, intimándolas que acepten un armisticio ó la guerra.» Aquí se hallaba Mr. de Narbonne cogido en su fallo por el hábil jugador con quien se las había, y que sólo tenía la ventaja porque la razón estaba de su parte, no atreviéndose Francia á declarar proposiciones de paz no declarables en el estado actual de las cosas. «Pero si estas condiciones, añadió Mr. de Narbonne, que aún no conozco, no fuesen tales como las deseáis...» Aquí Mr. Metternich apresuróse á interrumpir á Mr. de Narbonne, no queriendo consumir demasiadas cosas en un día, y contentándose con el terreno conquistado, que ya de cierto era harto grande, pues Austria había logrado convertir la alianza en mediación armada. Así le dijo: «Estas condiciones no me inspiran zozobra... Vuestro soberano será razonable..., ¿no es posible que no lo sea...? Pues qué, ¿lo arriesgaría todo por esa ridícula quimera del gran ducado de Varsovia, por ese protectorado no menos ridículo de la Confederación del Rin, por esas ciudades anseáticas que, celebrada la paz general, ya no tendrán para él valor alguno, renunciando al bloqueo continental?... No, no; eso no es posible.» Procurando Mr. de Narbonne no dejar escape á su adversario, le dijo todavía: «Pero suponed que mi soberano pensara de otro modo, que cifrara su gloria en no ceder los territorios constitucionalmente incorporados al imperio,

en no renunciar á un título que sólo se le disputa para humillarle, y que quisiera conservar á Francia todo lo conquistado para ella. ¿Qué sucedería entonces?» «Sucedería..., sucedería, replicó Mr. de Metternich con cierta especie de embarazo y de impaciencia, sucedería que os veréis obligados á conceder lo que la misma Francia os pide, lo que tiene derecho para pedirlo al cabo de tantos esfuerzos gloriosos, esto es, la paz, la paz con esa justa grandeza que ha conquistado con tanta sangre, y que no entra en la mente de nadie, ni aun en la de Inglaterra, poner en disputa.» Aquí Mr. de Narbonne, insistiendo de nuevo, dijo: «Pero en fin, suponed que mi soberano no es razonable, al menos según la significación que dais á esta palabra; suponed que rehúsa vuestras condiciones por aceptables que sean en vuestro concepto. ¿Cómo comprenderíais el papel de mediador en este caso? ¿Pensáis que debería convertir en nuestra contra esas fuerzas que hemos convenido en elevar de treinta mil á ciento cincuenta mil hombres?» Estrechado Mr. de Metternich á decir más de lo que quería, y cada vez más impaciente, acabó por exclamar de este modo: «Pues bien: si el mediador es un árbitro que tiene en las manos su fuerza necesaria para hacer respetar la justicia de que se ha constituido ministro...» Después, como con disgusto de haber dicho demasiado, Mr. de Metternich añadió lo que sigue: «Bien entendido que todo el favor de este árbitro está de parte de Francia y que cuanta parcialidad pueda conservar ha de ser en su abono.» «Pero ello es que en cierto caso nos haréis la guerra,» repuso Mr. de Narbonne. «No, no, respondió Mr. de Metternich, no os la haremos porque seréis razonables.» Entonces Mr. de Narbonne, aspirando á hacer placentera una conversación que temía haber hecho harto grave, dijo á Mr. de Metternich: «Me complazco en creer que por virtud de la nueva situación que habéis tomado, queréis ganar tiempo y proporcionarnoslo de alcanzar alguna victoria... En este caso, permitidme que no abrigue duda de que el árbitro estará por nosotros, si es la victoria la que debe decidirse.» «Cuento con vuestras victorias, respondió Mr. de Metternich, y lo necesito, porque hará falta más de una para traer á la razón á nuestros contrarios. Pero no os engañéis; al día siguiente de un triunfo os hablaremos con más firmeza que ahora.»

Apretado Mr. de Metternich hasta el extremo, expresó con una vivacidad harto demostrativa de lo muy resuelto que se hallaba su gabinete al sistema de paz á que se había adherido, y aquí resaltaba del todo la gran falta, que tenían con fundamento MM. de Caulaincourt, de Talleyrand, de Cambaceres, cuando aconsejaban no dirigirse al Austria. De obrar de este modo, conviniera hacerlo con la resolución formada de aceptar sus condiciones, que por dicha nuestra eran muy aceptables; pero si no se querían estas condiciones, indicadas por ella harto á las claras para que se adivinasen fácilmente, entonces convenía ganar tiempo, no impulsarla á aumentar sus armamentos, no pedirla más de treinta mil hombres, no exigirla que nos los suministrara por completo, contentarse con lo que hiciera, fuese lo que fuese, aplazar las explicaciones, y apresurarse entretanto á lanzar á los coligados más allá del Elba, del Óder, del Vístula, á fin de separarlos del Austria de tal modo que ésta se hallara en la imposibilidad de alargarse la mano.

Por lo demás, la falta no era de Mr. de Narbonne, enviado para cometerla, elegido para cometerla más pronto y más completamente que otro alguno; la falta era de Napoleón, de su pretensión de convertir en un instrumento á Austria cuando no podía serlo, y de ponerla en las manos, al querer convertirla en instrumento, las armas que en breve había de volver contra nosotros.

Inmediatas fueron las consecuencias de esta falta, y se puede decir que se atropellaron unas sobre otras. Apenas tomó Austria por su declaración de 12 de abril la posición de mediadora armada, se aprovechó del terreno ganado para avanzar por la vía que acababa de abrirse. Siempre se hallaba en Ratisbona el rey de Sajonia, asaltado por los consejos, por las amenazas, por las solicitudes de todo el mundo. Prusia le había intimado que se uniera á la coalición en seguida, prometiéndole toda clase de resarcimientos para este caso, y dirigiéndole para el contrario todo linaje de amenazas. Con muchas contemplaciones había eludido las ofertas de Prusia, fundándose en los compromisos ya contraídos con Francia, y se había adherido á las miras de Austria. No habían cesado las conferencias de ésta para inducirle á renunciar el gran ducado de Varsovia, y ahora tenía que alegar un nuevo armamento. Francia y Austria se acababan de poner acordes: Francia había pedido la mediación de Austria, y Austria había consentido en figurar como mediadora. De consiguiente nada se hacía sino á tenor de las miras de Napoleón, y á éste se le quitaría un gran embarazo cuando se le llevara la renuncia de Sajonia al gran ducado de Varsovia. De esta suerte sería la paz no sólo fácil, sino cierta. Por otra parte, convenía salvar lo sólido, esto es, la Sajonia, sacrificando lo quimérico, esto es, la Polonia, y renunciar á un sueño que en el tiempo actual ya no era realizable. Vencido por estas razones Federico Augusto, y condecor al par de que las conquistas no eran vocación suya y de que, al asociarse á un conquistador salido del infierno de las revoluciones, había entrado en una asociación tan por encima de su genio como de su conciencia, asintió á la renuncia solicitada, y firmóla el 15 de abril, tres días más tarde de la declaración de mediación armada, hecha por Austria á consecuencia de nuestra provocación imprudente.

Pero esto no era todo lo que Austria deseaba de Sajonia. Sabía que Napoleón iba á llegar á Maguncia y luego á Erfurt para colocarse al frente de sus ejércitos, y con un movimiento de su mano se podría nuevamente apoderar del pobre monarca retirado á Baviera, y hacerle perder otra vez el espíritu, la memoria, el sentimiento de lo verdadero, prometiéndole que sería rey de Polonia. Este encantador, seductor al par que terrible, debía pasar muy cerca de Ratisbona, para dejar allí al débil Federico Augusto expuesto á su formidable influencia. De resultas se le instó de nuevo para que se trasladase á Praga. Se le dijo que los coligados habían entrado en Dresde, y allí se aprestaban á gobernar bajo la inspiración del barón de Stein su reino, poco más ó menos que se había gobernado á la Vieja Prusia, persuadiéndole que los pueblos eran dueños de su suerte, y que podían entregarse á quien fuera de su agrado, cuando sus príncipes desertaban de los intereses de la común patria. De consiguiente convenía que se apresurase á ir á Praga, lugar seguro y distante una jornada corta de Dresde,

desde donde administraría su reino como si estuviera presente y sin ninguna clase de peligro, ni por parte de los coligados, ni por parte de los franceses.

En el momento mismo en que pasaban estas cosas, recibía el rey de Sajonia la intimación, enviada de París y reproducida por Ney, de entregar á este mariscal su hermosa caballería, por necesitarla para abrir la campaña. Esto equivalía á pedir á este excelente rey casi la vida. Más que nadie temía á los cosacos, los cuales imponían más miedo á aquellos á quienes traían socorro que á aquellos contra quienes sustentaban la lucha. Tres mil jinetes y artilleros soberbios, escoltando un tesoro, con el cual se pagaba al contado su alimento diario, constituían una especie de guardia en cuyo seno este rey fugitivo dormía en reposo. Además, los jefes de sus tropas habían declarado que ya no querían servir con los franceses. Ante estas circunstancias, el conde de Marcolini, viejo lisonjero, del mismo humor que su soberano, con algo más talento y mucha menos honra, é influente sobre el rey por costumbre, persuadióle que no había otra resolución que tomar que la retirada á Praga. Como casi al propio tiempo insistiera el ministro de Francia en obtener una respuesta acerca de la caballería, poseído Federico Augusto de espanto y dolido de encontrarse en tales apuros por la quimera de sus ascendientes, decidióse á marchar de pronto. A su lado tenía un ministro de luces, Mr. de Senft, quien hasta entonces le mantuvo en la alianza de Francia, representando en Dresde el mismo papel que Mr. de Metternich en Viena, Mr. de Hardenberg en Berlín y Mr. de Cetto en Munich. Vencido fué como todos estos parciales de la alianza francesa, y cedió al cabo. En la noche del 19 al 20 de abril, sin avisar al ministro de Francia, partió la corte de Sajonia para Praga en una larga serie de carruajes, en medio de tres mil jinetes y artilleros que salieron de Ratisbona sable en mano y con la mecha encendida, por temor de encontrar á los franceses, y tomaron el camino de Lintz para evitar su encuentro. A última hora Mr. de Serra recibió una carta para el emperador, en la cual le decía el buen Federico Augusto que á invitación de Austria, cuyo perfecto acuerdo con Francia le era conocido, se dirigía á Praga, bien que prosiguiendo siempre aliado fiel del gran monarca que de tantos beneficios le había colmado.

Cuando esta noticia llegó á Viena, no ocultaron el emperador Francisco y su ministro Mr. de Metternich la alegría por tener al cabo tan precioso instrumento de sus designios. En el mismo instante, creyendo que relativamente al cuerpo auxiliar ya no tenían que disimular tanto, escribieron al príncipe Poniatowski que era menester evacuar á Cracovia y volver á entrar en los Estados austriacos, porque iban á empezar de nuevo las hostilidades, y no quería atraer á los rusos á Bohemia, batiéndose en su contra. Se le advirtió además que durante la travesía fueran depositadas en carros las armas de los polacos, de los sajones y de los franceses, para restituírselas después de terminada. Este aviso fué dado al príncipe Poniatowski en el mismo instante en que recibía de París la orden de aprestarse á entrar nuevamente en campaña y á cooperar con el cuerpo austriaco, que iba á recibir las instrucciones de Napoleón de igual manera. El príncipe Poniatowski se lo comunicó á monsieur de Narbonne para que este embajador le explicara estos enigmas que no se hallaban á su alcance.

Al saber Mr. de Narbonne la repentina fuga del rey de Sajonia, la retirada forzada del cuerpo polaco, el proyecto de desarmarle y la especie de defección del cuerpo auxiliar austriaco, reconoció en este conjunto de hechos el desarrollo de los designios de Austria, que, menos embarazada desde que atrevidamente se había constituido en mediadora, por un lado atraía al rey de Sajonia á Praga para añadir á su plan de pacificación la importantísima adhesión de este soberano, por otro llamaba atrás á las tropas austriacas para poner término á su papel de potencia beligerante, y finalmente, hacía desaparecer con el cuerpo polaco los restos del gobierno del gran ducado, retirado sobre la frontera de Galitzia. Efectivamente, después de la evacuación de Varsovia se habían refugiado los ministros del gran ducado con el príncipe Poniatowski á Cracovia, donde presentaban la última fase del gobierno de Polonia.

Mr. de Narbonne, constituido en vigilante asiduo de la política austriaca, corrió de nuevo en busca de Mr. de Metternich á pedirle cuenta de tantas singularidades como acababan de ocurrir casi al mismo tiempo. Embarrasado halló á Mr. de Metternich de tener que dar respuesta á tantas preguntas, y casi dolido de que los resultados que deseaba se hubiesen consumado tan pronto. Empezando por el rey de Sajonia, apresuró Mr. de Metternich á manifestar á Mr. de Narbonne que les había caído en Bohemia como el rayo, y que á nadie había causado más asombro que al emperador y á él esta repentina llegada á Praga. «Como el rayo, sea en buena hora, replicó Mr. de Narbonne; pero os creo tan hábil como Franklin en dirigirlo.» Sin embargo, el embajador de Francia no insistió más en asunto sobre el cual no le quedaba más arbitrio que desmentir al ministro de Austria, lo cual no era grato, ni menos político, y en seguida vino al punto más importante, á la pretensión de traer el cuerpo polaco á Bohemia y de desarmarle, lo cual exigía una explicación inmediata, porque podía sobrevenir en Cracovia un conflicto entre el príncipe Poniatowski y el conde de Frimont, encargado del desarme, y hasta un choque directo con Austria si las órdenes de Napoleón al cuerpo auxiliar austriaco no hallaban más que desobediencia. No queriendo confesar Mr. de Metternich el ajuste secreto firmado con los rusos, se excusó lo más diestramente que le fué posible, diciendo que el aviso dado al príncipe Poniatowski era amistoso por esencia y no obligaba á nada; que habiendo cumplido lealmente los deberes de compañeros de armas respecto de los polacos durante la retirada que emprendieron juntos, se les prevenía de la imposibilidad en que se iban á hallar de sostenerlos; que los rusos se aproximaban fuertes, y no se les quería atraer sobre el territorio austriaco, hostilizándolos de nuevo, y poniéndose además en contradicción con el papel de mediadora que la corte de Viena acababa de tomar por instigación de Francia; que los austriacos estaban resueltos á volver á entrar en Galitzia, donde esperaban no ser seguidos, si se abstendían de hostilidades; y que, por consecuencia se había ofrecido al príncipe Poniatowski que se retirara con los austriacos para no caer prisionero, lo cual traía consigo la obligación de deponer momentáneamente las armas, por no ser costumbre atravesar un territorio neutral con ellas.

Tales fueron las explicaciones del primer ministro de

Austria. Varias respuestas había que oponerle, pues si había tomado una posición sencilla y verdadera su corte, aconsejándonos la paz á las claras y encargándose por nuestra iniciativa del papel de mediadora para trabajar en ella, mucho distaba de haberse atrevido á tomar una posición igualmente franca respecto del tratado de alianza. A la verdad, aun considerándolo insuficiente en algunas de sus disposiciones, no cuestionaba sobre el principio de alianza, y por tanto el concurso de las fuerzas seguía siendo obligatorio, al menos para el cuerpo auxiliar austriaco. Muchos medios quedaban de responder á Mr. de Metternich de consiguiente, pero fuera sin comparación más hábil dejarle en la idea de que á la vez podía llenar los dos papeles de mediador y de aliado, á fin de imponerle el más largo tiempo que fuese posible las obligaciones inherentes al postrero. Desgraciadamente Mr. de Narbonne no fué enviado con este designio, y así persistió en estrechar más á su antagonista. Le decía que aún estaba vigente el tratado de alianza. Mr. de Metternich convenía en ello y hasta se esmeraba mucho en sustentarlo. Realmente no se consideraba este tratado aplicable del todo á las circunstancias, bien que desde el único punto de vista de no parecer proporcionado á la gravedad de la situación un socorro de treinta mil hombres. De aquí no resultaba que se había de negar este socorro. Unidos los treinta mil austriacos á los polacos, podían presentar una fuerza de cuarenta mil hombres, que, situada sobre el flanco izquierdo de los coligados, les descargara golpes sensibles, ó al menos paralizara sólo con su presencia á cincuenta mil soldados de ellos. Finalmente, al partir Napoleón para el grande ejército, había anunciado que pronto daría órdenes al cuerpo austriaco en virtud del tratado de 14 de marzo de 1812. ¿Se le iba á desobedecer, á declarar que el tratado ya no existía, á declararlo á Europa y á Napoleón mismo? ¿Y luego no se pensaba en el honor de las armas? ¿Se iba á emprender la retirada delante de algunos miles de rusos, dado que el cuerpo de Sacken no contaba más de veinte mil hombres, y después de volver á entrar de este modo tímidamente en sus fronteras, se iban á esconder allí los que habían retrocedido y á desarmar á sus propios aliados? ¿Era esta conducta digna de Austria? ¿Y consentirían estos aliados en deponer las armas, sobre todo habiendo franceses entre ellos? Y si rehusaban deponerlas, ¿se les arrancarían á la fuerza, á se les entregaría á los rusos?

Nada había que responder á estas observaciones, no habiendo tenido aún atrevimiento Mr. de Metternich más que para declararse mediador, y no teniéndolo para despojarse enteramente de la calidad de aliado. Así, evitando cuestiones harto embarazosas, trasladóse Mr. de Metternich al terreno donde le era más fácil defenderse, al de la prudencia. ¿Qué importaban á Napoleón, cuando iba á empujar de frente con su formidable espada á los torpes aliados que se le ponían delante, algunos miles de austriacos y polacos más en Cracovia? Por una satisfacción tan vana como la de comprometer á Austria, pues substancialmente no se trataba de otra cosa, según Mr. de Metternich decía, se le iba á colocar en una posición falsa respecto de las potencias beligerantes, á las cuales se tenía que presentar como árbitra, y se le iba á imposibilitar el papel de mediadora y á exponerle

á una explosión de la opinión pública si disparaba un solo tiro contra los coligados, á hacerla perder el timón de los asuntos alemanes, que ya empuñaba con mano trémula y atormentada. Si ahora negaba estos treinta mil hombres era para ofrecer ciento cincuenta mil más tarde, cuando se conviniere en condiciones de paz aceptables, lo cual dependía sólo de Francia, á cuyo alcance estaba que se efectuase al momento. Además, había que ser razonable y no exigir que los austriacos se batieran contra los alemanes y á favor de los polacos. Según el estado de la opinión en Viena, en Dresde y en Berlín, semejante situación no era sostenible. En lo relativo al honor se había pensado, y si se llevaba á cabo la retirada, consistía en saberse de seguro que se tendrían delante muy considerables fuerzas. Respecto de los polacos se ofrecía recibirlos y alimentarlos, no más que por complacer á Francia, pues admitirlos en Galitzia ya era prestarle á la visita más molesta, y sería exponerse á la más peligrosa si se les mantenía allí armados. Además, el rey de Sajonia, su soberano, había consentido en su momentáneo desarme. Un batallón francés quedaba sin duda, y se comprendía su punto de honra justificado por tantas proezas: así se hacía á Napoleón el sacrificio de respetar en estos pocos centenares de hombres su gloria y la del ejército francés, y se violarían los principios autorizando á este batallón á permanecer sobre un territorio neutral con armas, pues efectivamente, con conocimiento de Napoleón, se había declarado neutral el territorio de Bohemia para impedir que penetraran allí los rusos.

Abandonando el terreno del derecho para trasladarse al de la prudencia, Mr. de Metternich volvía á ser más fuerte, y sólo se podía sentir que la situación no le permitiera ser más ingenuo y que Mr. de Narbonne no tuviera licencia para mostrarse más moderado, pues sin tropiezo llegaríamos á una mediación equitativa y aceptada por toda Europa. Sea como quiera, Mr. de Narbonne reconoció en seguida que se padecía engaño al querer alcanzar de Austria una ayuda eficaz con nuestras condiciones sobrentendidas de paz, y que la neutralidad era todo lo que se podía esperar de ella, y esto al precio de victorias prontas y decisivas. Se lo comunicó así á Mr. de Basano, solicitando nuevas instrucciones para la situación difícil en que se hallaba colocado. Desde Munich le transmitía nuestro embajador, monsieur Mercy de Argenteau, un nuevo hecho que revelaba todo el trabajo de Austria para ganar parciales á su sistema de neutralidad armada. De Baviera había aspirado á hacer lo que de Sajonia, una aliada condicional de Francia, aliada si Francia aceptaba una paz esencialmente alemana, enemiga si persistía en querer una paz opresiva para Alemania. Hambrienta Baviera de reposo, asaltada por los clamores del patriotismo germánico, había prestado oídos á las proposiciones de Austria y casi las había aceptado, hasta el momento en que, pensando ésta en sus propios intereses, le había vuelto á demandar la línea del Inn, lo cual significaba para Baviera un sacrificio de territorio sin compensación posible. A la simple enunciación de tal exigencia, tornó Baviera á mostrarse fiel hacia Francia, y muchas indiscreciones calculadas por su parte revelaron á nuestra legación que Austria había procurado seducir sin fruto á uno de nuestros aliados alemanes. Estos pormenores

fueron enviados á Mr. de Narbonne á Viena y á Mr. de Basano á París. De plano confirmaban las ideas que por fuerza se debían concebir al ver las obras y al oír las palabras de la corte de Viena, que aspiraba á crear un partido intermedio para llegar á una paz á su gusto, á gusto de Alemania, y no á gusto de Napoleón. ¡Ah! ¡Por qué no aceptar aquella paz, que nada mermaba de nuestra verdadera grandeza, y sólo mermaba algo de aquella grandeza quimérica é imposible que Napoleón quería defender con porfía!

Del 1.º al 20 de abril pasaron estos sucesos tan importantes y multiplicados de la política europea, mientras Napoleón se aprestaba para la partida, y la verificaba en efecto y llegaba á Maguncia, desde donde dictaba sus primeras disposiciones. Establecido desde el 17 de abril en Maguncia, dedicóse inmediatamente al trabajo, y mientras sobre todo ponía su mirada ardiente y su mano poderosa, detuvo al paso á los correos diplomáticos de ida y vuelta, y supo, si bien no completamente, porque no todos los correos pasaban por Maguncia, pero sí bastante de lo que acaba de ser referido, y se pudo formar una idea bastante aproximada. Lo que le causó más sorpresa fué la subitánea partida del rey de Sajonia para Praga, en el momento en que el ejército francés llegaba á libertar sus Estados, y la complicadísima política de Austria respecto de este soberano, y así supuso, no sabiéndolo todo, que Austria quería arrastrar al infortunado Federico Augusto á cometer faltas, para hacerle perder el afecto de Francia y quitar á ésta todo motivo de conservar el gran ducado de Varsovia. Menos obscura le pareció la retirada del cuerpo austriaco, pues veía que sin negar Austria la alianza, quería rechazar sus obligaciones. Pero indignóle el desarme de los polacos, y despachó un correo á Cracovia para intimar al príncipe Poniatowski que no se dejara desarmar de ninguna manera; que volviera á entrar si era necesario en Polonia; que hiciera allí á todo riesgo la guerra de partidas, y que pereciera antes de deponer las armas, añadiendo con una vehemencia y una grandeza de lenguaje que sólo podía nacer de su alma: *Nada importa al emperador conservar hombres que hayan perdido la honra*. Además, sostenía el aviso dado al conde de Frimont, de estar pronto á obedecer sus primeras órdenes.

Sirviéndose de Mr. de Caulaincourt como ministro de Negocios extranjeros, por ausencia de Mr. de Basano, escribió á Mr. de Narbonne que no comprendía la conducta del Austria, ó más bien empezaba á comprenderla de sobra; que respecto de ella se había abandonado demasadamente á la confianza; pero que echaba de ver el doble juego con que á la vez contemplaba á su persona y á sus enemigos; que la política de esta potencia tocante á Sajonia era singularmente obscura; que se necesitaba tratar de descubrir su secreto, y averiguar si la plaza de Torgau, adonde se había retirado la infantería sajona, sería ó no fiel á Francia, lo cual importaba mucho conocer en el instante en que se aprestaba á operar sobre el Elba; que también se necesitaba hacer que se explicase Austria sobre lo que se debía esperar del cuerpo auxiliar suyo; obligarla á decir si prestaría ó no obediencia, y sobre todo persuadirla bien que tenía que renunciar al desarme de las tropas polacas. En suma, Napoleón recomendaba á Mr. de Narbonne que